

mañas que los pueblos del otro lado del Rin se abstuviesen de prestar auxilio á Brunequilda, y á su regreso marchó con ella y sus biznietos á Borgoña. Desde allí Brunequilda envió mensajeros á todas las comarcas de Austrasia llamando á los hombres de armas; pero Varnario había ya ganado á los jefes, de modo que mientras la vieja reina contaba con estas fuerzas, el sutil mayordomo sabía que habían de servir contra ella y contra los hijos de Teodorico para matarles y quitarles hasta el reino propio de su difunto padre; «porque, — dice Fredigaro, — los hombres de Borgoña, tanto los obispos como los demás varones francos, odiaban á Brunequilda y aborrecían su gobierno; y se entendieron con Varnario sobre la manera de matar á todos los hijos de Teodorico sin que ninguno de ellos pudiera escapar, acabar para siempre con Brunequilda y dar el cetro á Clotario. Las huestes de Borgoña y de Austrasia se pusieron en marcha contra Clotario por orden de Brunequilda y de Sigeberto, el hijo de Teodorico, y cuando llegaron á las llanuras de la Champaña, en el territorio de Chalons-sur-Aisne, se les presentó en frente Clotario con los suyos. Clotario estaba ya desde largo tiempo en inteligencia con muchos austrasianos por efecto de los trabajos secretos del mayordomo Varnario y contaba con el apoyo del patricio Aleteo (1) y de los caudillos militares Roco, Sigoaldo y Eudela. Cuando llegó el instante del ataque los conjurados dieron la señal convenida y el ejército de Sigeberto volvió la espalda y cada guerrero se retiró con los suyos á su casa.»

El odio y la repugnancia que inspiraban Brunequilda y su gobierno á aquellos francos informales y traidores son una verdadera apología de la superior inteligencia política de la anciana reina.

Segun habían convenido, Clotario siguió adelante con su hueste, y al llegar al río Saona se apoderó de tres de los hijos de Teodorico, á saber: Sigeberto, Corvo y Meroveo, á quien había apadrinado en el bautizo. El cuarto, Childeberto, se escapó, porque pudo saltar sobre un caballo; pero nunca volvió á tenerse noticia cierta de lo que fué de él á pesar de todo cuanto hizo Clotario para descubrir su paradero y desembarazarse para siempre de su persona. Santa Rustícula, abadesa de un convento de Arles, fué acusada de estar educando á un hijo de rey en secreto, pero éste no pareció (2).

Por instigación de Varnario y de casi todos los grandes del reino de Borgoña fueron presas por Erpo, el caballero mayor (ó condestable, como dice Fredigaro), en la hacienda de Orba (3) donde se habían ocultado, Brunequilda y Teodolana, hermana del difunto Teodorico, las cuales fueron presentadas á Clotario en la villa de Rionève á orillas del Vigeanne. Clotario mandó matar á Sigeberto y Corvo, y teniendo algun afecto á Meroveo por ser su ahijado, le hizo llevar ocultamente á su país, la Neustria, donde le confió al gobernador Ingobodo, en cuya casa vivió todavía algunos años. A Brunequilda acusó de haber causado la muerte de diez personas reales, á saber: Sigeberto I, Meroveo, hijo de Childerico; á su padre Chilperico; á Teodeberto y su hijo Clotario; á Meroveo, hijo de Clotario II; á Teodorico y tres hijos suyos, dos de los cuales acababan de morir por orden del mismo acusador Clotario, ignorándose la suerte del tercero, Childeberto. Mandó luego aplicar á la anciana reina, á quien hacía responsable de tantas muertes, incluso las causadas por él, por su madre y su padre, toda clase de tormentos durante tres

(1) Gobernador-lugarteniente del rey.

(2) Véase la vida de Santa Rustícula en las obras de Du Chesne, historiógrafo real en tiempo del cardenal de Richelieu y autor de obras de colecciones de autores antiguos.

(3) Junto al río Orbe, entre los lagos de Ginebra y de Neufchatel. En tiempo de los romanos se llamaba este lugar *Taberna*.

días y pasearla despues, sentada en un camello, por todo el campamento. Por último la hizo atar por los cabellos, el brazo y un pié á la cola de un caballo indómito y muy maligno, que escapando furioso y loco, la mató á coces en su loca carrera, en la cual quedó el cuerpo de la infeliz completamente hecho pedazos.

«Varnario, en recompensa de sus servicios, — continua narrando Fredigaro, — fué nombrado mayordomo de Borgoña con la promesa, robustecida por Clotario con solemne juramento, de no ser destituido mientras viviera. Rado, y no Pipino, recibió el mismo empleo en Austrasia, probablemente por no haberlo querido admitir el obispo Arnulfo. Todo el imperio franco, robustecido como en tiempo de Clotario I, quedó sometido con todos sus recursos y tesoros á Clotario II, que lo conservó y vivió en paz con sus vecinos diez y seis años. Este Clotario era hombre paciente, instruido en las ciencias, devoto, liberalísimo con las iglesias y obispos, benéfico para con los pobres, bondadoso para con todo el mundo y devotísimo.»

Este jóven de 28 años, tan instruido, benéfico, bondadoso y devotísimo, hizo pasar á sangre fría á la anciana Brunequilda todos los tormentos imaginables y le dió despues cruelísima y feroz muerte, sin contar las demás atrocidades que cometió, propias de un franco y dignas de un hijo de Fredegunda y de Chilperico. Propia de francos fué tambien la conducta de los grandes caudillos, de los altos dignatarios, obispos y ascendientes de Carlomagno, Pipino, como la del obispo Arnulfo de Metz, todos ellos traidores, alevosos y falsos, que ni siquiera pueden alegar ante la historia severa é imparcial la excusa de haber cometido tantas infamias en favor de una idea grande y nacional, en favor de la modificación, del robustecimiento y de la consolidación del imperio franco. En efecto, Clotario II, despues de haberse hecho dueño de todo el país dominado por el pueblo franco, volvió á dividir el imperio, fiel al uso antiguo germánico.

Pipino y Arnulfo, no por ser ascendientes de la dinastía poderosa carlovingia eran mejores que los demás francos.

CAPITULO XI

CLOTARIO II, REY ÚNICO, Y SU REINADO EN UNION DE DAGOBERTO I

Prescindiendo de los medios empleados para reunir todo el imperio franco bajo el mando de este rey único, y de la nueva división del imperio en varios reinos hecha por el mismo soberano á su capricho libérrimo, lo cual prueba la ausencia completa de ideas políticas generales y de toda concepción de estado ó reino, no pueden negarse al gobierno de Clotario II algunos méritos sobre los reinados anteriores. Desde luego conviene añadir que este gobierno por nada nuevo se distinguió, ni por el fin que se propusiera ni por los medios que empleara. Sujetó á los grandes revoltosos; sofocó sus conspiraciones y sublevaciones empleando los medios acostumbrados principalmente en el reinado de Gontran; y lo mismo ellos que el rey estuvieron muy distantes de tener ninguna idea política nacional ni patriótica. Así, cuando proclamaron á Clotario II rey único, sus móviles habían sido simplemente la sed de venganza, de riquezas, de dignidades elevadas, de influencia, de poder y el deseo de evitar la venganza de Brunequilda.

Bajo este punto de vista, nada notable ofrece el nuevo reinado que se distinga de los anteriores; en él se observan la misma ausencia de gobierno, los mismos factores que producen efectos análogos y conducen al mismo resultado final á donde hemos visto caminar hasta ahora el imperio de los

francos. Por esto mismo podemos ser en adelante tanto mas concisos, cuanto que nos falta ahora un guia como Gregorio de Tours que con sus episodios ricos en curiosísimos detalles nos ha permitido conocer á los francos y la época en que vivían como si los viésemos y observásemos directamente. Los datos que poseemos sobre el período que vamos á exponer se limitan á los nombres de vástagos merovingios que, engendrados por adolescentes, mueren antes de llegar á la edad viril; á los de magnates francos ambiciosos que conquistaron su posición influyente asesinando á los que ocupaban esta posición antes que ellos, para ser asesinados á su vez por otros ambiciosos ó por el rey, deseoso de desembarazarse de tan incómodos servidores, ó mejor dicho tiranos, para caer tambien en manos de otros, iguales en un todo á los que les precedieron. Tan escuetos son estos datos, que no permiten reconstruir en la mente la figura de tales individuos, trabajo por otra parte enteramente inútil.

Lo que merece fijar nuestra atención son los elementos nuevos que empiezan á entrar en la historia del imperio franco, que se refieren especialmente á la Iglesia, á la constitución política del país, á la civilización de sus habitantes, ó que se refieren á algunas tribus ó pueblos germánicos al Este del Rin, envueltos como en tinieblas alumbradas solo una vez por un débil y efímero rayo de luz, pero de los cuales se reciben en adelante mas noticias.

El biógrafo de San Columbano describe con visible satisfacción la muerte atroz de la odiada reina profetizada por el santo, y dice que éste, habiendo visto tambien realizada la unión de los tres reinos francos en una sola mano, marchó á Italia, donde fundó (1) el convento de Bobbio, que fué uno de los focos principales de la civilización itálico-cristiana. El santo murió en este convento el 24 de noviembre de 615.

El monasterio de San Galo (Sanct-Gall en Suiza), fundado por el irlandés Galo, discípulo y compañero de Columbano, que se había quedado entre los alemanes mientras su maestro pasaba á Italia, fué desde luego, y continuó siendo durante siglos, un foco no solamente de conversión para los alemanes, sino tambien de civilización para la futura Alemania, y un centro no solo de la cultura y ciencia antiguas, sino tambien de la civilización é instrucción cristianas de la era moderna.

Entre los que recibieron recompensas despues de la victoria no figuran ni Arnulfo ni Pipino; Rado había sido probablemente ya en el reinado de Teodeberto mayordomo de palacio en Austrasia; en la Neustria lo había sido desde el año 597 hasta 604 Landerico, al cual sucedió en 604 Gundualdo. Este empleo, desde la muerte de Gontran, y mucho mas desde la de Childeberto II, había ido adquiriendo tal importancia que era el mas ambicionado en todo el país franco, porque el que lo ocupaba era ya poco menos que ministro principal y el regente verdadero.

Uno de los primeros actos de Clotario desde que se vió rey único de todo el imperio franco, es decir, en 613, teniendo 29 años cumplidos de vida y de reinado, fué poner en el puesto de Eudela, caudillo en jefe de las fuerzas francas en los territorios del otro lado del Jura, á Erpino, muy á propósito para este puesto. Erpino fué recompensado con aquel empleo por la traición que había hecho á Brunequilda. Su gobierno riguroso, porque escarmentó duramente y sin distinción de personas á cuantos quebrantaron la paz general, le atrajo la muerte á manos de los discólos magnates.

Clotario se trasladó con su esposa Bertetruda á la hacienda de Marlenheim, en Alsacia; procuró conservar la paz y el ór-

(1) A orillas del Trebbia, en la provincia de Pavía.

den en el interior é hizo morir á muchos facinerosos á manos del verdugo. El obispo Leudemundo enteró ocultamente á la reina, á excitación de Aleteo, de que su esposo Clotario moriría infaliblemente aquel mismo año y la aconsejó que trasladara cuantos tesoros pudiese á Sitten, ciudad muy fuerte perteneciente á Aleteo, porque éste, además, tenía intención de dejar á su esposa y casarse con Bertetruda. Aleteo, como descendiente que era de los antiguos reyes de Borgoña, podía pretender el trono del imperio franco despues de la muerte de Clotario. Como en tiempo del obispo Egidio y de sus cómplices, vemos aquí otra conspiración análoga tramada por un obispo franco y un grande, que á los ochenta años de haber sido destronada y haber perecido la familia real de Borgoña, puede todavía pretender, como descendiente de esta familia, el trono franco; pues el último rey de los borgoñones había desaparecido sin que jamás se hubiese sabido dónde fué á parar, ni dónde ni cuándo murió. La reina, temiendo que esta noticia pudiese muy bien tener un fondo de verdad, echó á llorar y corrió á su dormitorio. Leudemundo, viendo que su comunicación no había producido el efecto deseado, se creyó comprometido y huyó de noche á Sitten y de allí á Luxeuil, donde el abad Eustasio le dió asilo y le proporcionó despues el perdón del rey, de suerte que pudo volver á su obispado. Clotario se trasladó á la hacienda de Maslay (2) con los francos principales; allí hizo comparecer á Aleteo y despues le mandó decapitar como conspirador. Este acto del rey prueba que el poder real no tenía ya necesidad de recurrir al asesinato para castigar á un grande, si bien juzgó Clotario al parecer prudente para oír, sentenciar y hacer ejecutar al culpable, trasladarse á una hacienda especial. Otro hecho prueba tambien un aumento notable del poder real y el deseo de hacer servir este poder para el bien general y la conservación de la paz y del órden en el interior. Este hecho fué la reunion de un concilio general del imperio franco en París para extirpar muchos abusos en la Iglesia y tuera de ella. A este concilio concurrieron setenta y nueve obispos y otros dignatarios eclesiásticos y grandes. Cerró sus sesiones el 10 de octubre del año 614, y el 18 del mismo mes fué proclamado el llamado *Edicto* de Clotario, redactado con el concurso de los grandes, y cuyos veinticuatro capítulos corresponden á los cánones de aquel concilio; por manera que consagran como jurisprudencia civil, poco mas ó menos, lo que los citados cánones fijan como leyes eclesiásticas.

Además de la muy laudable condenación de las libertades que los reyes hasta entonces se habían tomado en la provision de los obispados vacantes, parece haber hecho el rey en este concilio otras concesiones muy importantes á la Iglesia, principalmente respecto de su jurisdicción sobre el clero, á imitación de los visigodos en España, cuyas leyes, en cuanto eran copiadas de las romanas, sirvieron en general de patron para las que se fueron introduciendo por los concilios en Francia.

En el año 616 se reunieron otro concilio y una asamblea de francos libres en Bonneuil (3), en la cual tomaron parte, además de los francos libres que comparecieron, Varnario, el mayordomo de Borgoña, y todos los obispos. El rey concedió todas las reclamaciones justas y publicó los oportunos edictos, en los cuales el poder temporal hacía suyas, como en el gran concilio de París, las resoluciones del concilio, mientras en la España visigoda los acuerdos de los concilios eran desde luego leyes del Estado sin necesidad de ser adoptadas por ninguna asamblea de godos libres y armados.

(2) A 4 leguas de Sens, á orillas del Vanne, departamento de Yonne. — Leboeuf.

(3) Segun Lecointe: Bonneuil-sur-Marne, á 10 kilómetros al Sur de París.

Si en todo esto dió Clotario II pruebas de prudencia y de buenas intenciones, no hizo lo mismo cuando, pocos años después, en 622, nombró á su hijo Dagoberto I, no se sabe por qué motivos, rey de Austrasia, menos la parte situada al Oeste de las Ardenas y de los Vosges. En esto procedió como cualquier otro hacendado franco, sin la menor noción de política monárquica, y es muy probable que lo hiciera para contentar á los grandes de aquel país, á fin de que presatasen de mejor gana su auxilio armado contra los germanos y eslavos vecinos. Entonces fué probablemente nombrado mayordomo de Austrasia, Pipino, que en adelante, en union del obispo Arnulfo, de Metz, dirigió la Austrasia y al joven rey Dagoberto, con grandísimo provecho de éste y del país, según testimonios que merecen en esto completa fe. Desde entonces el imperio franco gozó un período, aunque corto, de tranquilidad interior, y su importancia y aumento de poderío hicieron sentir también ventajosamente en el exterior, pues que Clotario reinó diez y seis años en paz con pueblos vecinos, hasta que un nuevo desmembramiento voluntario volvió á comprometerlo todo.

Los *Gesta*, escritos por el año 727, obra henchida de fábulas increíbles, hablan de una guerra de Dagoberto contra los sajones y de la victoria de Clotario, que acudió al auxilio de su hijo. Estos sucesos, si no en los detalles, por lo menos en el fondo parecen verdaderos, pues los conflictos sangrientos con las tribus sajonas vecinas se habían hecho desde mucho tiempo frecuentes. En cuanto á las narraciones de Fredigaro relativas á los longobardos, están mezcladas de fábulas increíbles, como por ejemplo cuando dice que el embajador del emperador Mauricio ungió al rey Adalvaldo en el baño con una pomada por cuyo influjo quedó este rey para siempre sometido á la voluntad del embajador. Mas creible es lo que cuenta de una cesion (muy efímera) de las plazas de Dosta y de Susa con sus territorios y el valle superior del Dora Baltea, afluente del Po, que los longobardos hicieron al rey Gontran en su tiempo, y algo de verdad podrá contener también la historia de doce jefes de los longobardos que enviaron al rey franco doce embajadores anunciándole su sumision, mientras enviaban simultáneamente otros tantos al emperador con el mismo encargo; que prometieron y acaso pagaron al rey franco un tributo anual de 12,000 sueldos (cada uno mil) y que tenían entonces dos reyes llamados Antarico, los cuales cohecharon á Varnario y á Gundelando, mayordomo de Clotario, para librarse del citado tributo con el pago de 35,000 sueldos pagados de una vez. El fondo verdadero de estas fábulas se reduce acaso á un tratado de paz y amistad que Clotario hizo con los jefes longobardos renunciando á algun tributo que nunca cobraba.

La fama de los francos llegó hasta los pueblos avaros y eslavos. Una rama de estos últimos, los vendos, se había establecido en el siglo vi en el país situado entre los rios Vístula y Elba, arrojando de allí á las tribus germánicas que encontraron, mientras en el Mediodía fueron subiendo por la cuenca del Danubio hasta ocupar parte del Tirol, donde confinaron con los bávaros. Estos eslavos estaban sometidos á los avaros, y no solo les pagaban tributo sino que tenían que sufrir que aquellos mogoles se alojaran durante el invierno en sus viviendas y abusaran de sus mujeres é hijas. Los vendos se sublevaron contra el gran khan avar, y un comerciante franco llamado Samo, natural de Sens ó de Soignies en el Hainau, que se había establecido en aquel país seguido de otros francos, prestó á los vendos tan buenos servicios que éstos, después de derrotar á sus opresores con grandes pérdidas, le eligieron rey, y fueron gobernados por él treinta y cinco años, en cuyo tiempo alcanzaron todavía muchas victorias sobre los avaros. Fredigaro añade que este

rey tuvo de doce mujeres veintiocho hijos varones y quince hijas. Lo cierto es que en aquella parte se había formado un pueblo eslavo relativamente poderoso que no tardó en hacerse peligroso y temible á sus vecinos germánicos.

Volviendo á Dagoberto, cuenta el cronista Fredigaro un caso que prueba que este rey, y probablemente sus dos consejeros, no estaban dispuestos á tolerar extralimitaciones y abusos de poder de los grandes:

«Gobernando Dagoberto la Austrasia con mucha eficacia excitó su disgusto un notable de la familia de los Aiglofingos llamado Crodoaldo, que poseedor de grandes y ricas haciendas, no cesó en su codicia de apoderarse de propiedades de otros, siendo en general altanero y soberbio, sin ninguna cualidad buena. Dagoberto decidió su muerte por consejo de Arnulfo, de Pipino y de otros grandes, y cuando Crodoaldo lo supo, huyó á la corte de Clotario para implorar su mediacion cerca de Dagoberto, á fin de que no le quitara la vida. Clotario, en una entrevista que tuvo con Dagoberto, pidió á éste entre otros asuntos que perdonara la vida á Crodoaldo, lo cual prometió Dagoberto con la condicion de que Crodoaldo pagara las indemnizaciones del mal que había hecho; pero apenas Crodoaldo hubo regresado con su rey á Tréveris, Dagoberto mandó á su servidor Bertarico, natural de Charpeigne (1), que le cortara la cabeza cuando pasase por un postigo donde Bertarico estaria apostado con la espada desnuda.» Muchos han querido ver en este Aiglofingo Crodoaldo á un pariente de los soberanos bávaros, pero en este caso no se habria contentado Fredigaro con llamarle simplemente un hombre rico de la familia Aiglofinga. De todos modos, resulta de este episodio que Dagoberto era en Austrasia rey independiente de su padre Clotario, porque éste no manda sino suplica al hijo que perdone la vida á Crodoaldo.

En el año siguiente, 625, consiguió Dagoberto con el apoyo de sus austrasianos y á pesar de la viva repugnancia de Clotario, restablecer el reino de Austrasia tal como había sido en tiempo de Sigeberto I. Dagoberto, obedeciendo una orden de su padre, acudió á la residencia de éste, que se hallaba en Clichy, cerca de Paris. Se le presentó con toda la pompa real, acompañado de sus hombres de guerra, para recibir por esposa á Gomatrudis, hermana de Sigulda, esposa de Clotario. Al tercer día de las bodas estalló la grave contienda entre padre é hijo (2), porque éste pidió á su padre todos los territorios que pertenecian al reino de Austrasia, lo que le negó Clotario decididamente. Para zanjar la diferencia eligieron entre ambos como árbitros doce francos distinguidos, entre los cuales se hallaron el obispo Arnulfo de Metz y los demás obispos (de Austrasia), Arnulfo sobre todo habló muy santamente en favor de la concordia entre padre é hijo, y con el concurso de los demás obispos y de los grandes mas inteligentes se reconciliaron los dos; Clotario cedió á su hijo todo lo que había formado parte de Austrasia (en tiempo de Sigeberto I) quedándose solamente con los territorios situados al otro lado del Loira y en la Provenza.»

Este hecho revela que desde el año 561, en que se formaron del imperio franco tres reinos independientes, se había operado una transformacion muy notable en el pueblo franco. En primer lugar, vemos que un rey instituye en vida á un hijo suyo rey independiente de una parte muy importante del imperio; en segundo lugar, resultan del hecho de la reclamacion del hijo respecto de los territorios que formaban parte de la Austrasia, y de la sumision de padre é hijo al arbitraje de una reunion de obispos y notables laicos, dos cosas:

(1) A orillas del Mosela, á 6 kilómetros al Norte de Pont-à-Mousson.
(2) Ahora también cuñados.

la conviccion de la fuerza que habían adquirido el alto clero y los grandes hacendados territoriales laicos, que seguramente impulsaron á Dagoberto á pedir y con su influencia hicieron que cediese Clotario II, y la existencia entre los francos de Austrasia de un sentimiento de colectividad que se aproximaba ya mucho al de nacionalidad. Siendo la misma la raza dominante y probablemente propietaria del territorio con pocas excepciones en todo el país, solo se explica el espíritu separatista de los francos austrasianos suponiendo una modificacion progresiva en el modo de ser de la poblacion franca, pero distinta en las diferentes partes del imperio. Esta modificacion distinta resultó después trascendental para la historia de Francia y de Alemania, porque inició la separacion definitiva posterior de la Austrasia respecto del resto del imperio franco. La diferencia consistió en que la Neustria y la Borgoña, es decir, los francos de los antiguos reinos de Chilperico y de Gontran, se habían ido latinizando en cuanto no se habían extinguido ó fundido con la poblacion galo-romana, mientras la poblacion franca de la Austrasia en ambas orillas del Rhin, en la izquierda hasta el país de Reims, se había mantenido desde la invasion mas numerosa y mas germánica y de consiguiente menos civilizada. Esta diferencia mas radical y mas trascendental fué aumentada después notablemente por Carlomagno con la incorporacion de las numerosísimas tribus sajonas completamente bárbaras y de los dilatadísimos territorios que ocupaban, sin que aquel emperador sospechara ni remotamente que con esta conquista sangrientísima fomentaba la descomposicion rápida, bien que de todos modos inevitable, de su gran imperio.

Merece también mencionarse aquí que por aquel tiempo empezaron algunas personas inteligentes en escritura á escribir los antiguos usos que hacian las veces de leyes de los bávaros, alemanes y francos ripuarios; pero de estos trabajos rudimentarios nada se ha conservado, ni puede tampoco fijarse con alguna precision su importancia ni la época en que se hicieron.

En el año 626 murió Varnario, y el rey Clotario convocó en Troyes á los notables y demás francos libres del reino de Borgoña para preguntarles si querian nombrar otro mayordomo en lugar de Varnario, á lo cual contestaron unánimemente que no. Esto parece indicar, primero, que el pueblo franco, grandes y pequeños, ricos y pobres, había conservado la libertad é independencia individuales y que el poder real quedaba todavía circunscrito á la jefatura de la fuerza armada cuando convenia convocarla para alguna empresa; y que el cargo de mayordomo había llegado á ser una especie de lugartenencia del poder real, pero sin ser formalmente reconocido como tal. Es de suponer también que al rey convenia tener en aquella vasta parte de sus dominios un lugarteniente capaz, vigoroso y de confianza, pero que no convenia á los francos celosos de su libertad, y que éstos formaban ya un poder que el rey no se atrevió á contrariar nombrando sin consulta previa de los francos libres, reunidos en asamblea, un nuevo mayordomo, acaso el hijo del difunto, como solian hacer los reyes entonces cuando un cargo elevado quedaba vacante.

Esta vez no convenia al rey este recurso, y nombrar otro individuo en lugar del difunto Varnario debió de parecer muy peligroso á Clotario. Varnario dejó un hijo llamado Godino, hombre díscolo que en el mismo año de la muerte de su padre tomó á la viuda de éste y su madrastra por esposa, lo cual dió pretexto á Clotario, que probablemente tenia motivos de temer de parte de Godino una usurpacion del trono de Borgoña, para perseguirle. Entonces debió de ser tan temible la actitud de Godino que el rey mandó al jefe de la fuerza armada, Arniberto, casado con una hermana de Go-

dino, de marchar contra su cuñado con su hueste Godino, al verse comprometido y en tan grande peligro, huyó con su esposa á Austrasia bajo la proteccion de Dagoberto, y para mayor seguridad acogiéndose al asilo sagrado de la iglesia de San Eusebio, en Toul. Dagoberto repetidas veces, por medio de sus embajadores, solicitó de su padre Clotario que perdonara la vida á Godino, y por fin consiguió lo que pedía bajo la condicion de que Godino se separara de Berta, su madrastra, con la cual se había casado, contra lo mandado por los cánones. Godino lo hizo y volvió á Borgoña, pero entonces se presentó Berta al rey Clotario diciéndole que Godino se había propuesto matarle á la primera ocasion. Clotario mandó conducir á Godino á los santuarios mas notables y hacerle jurar en cada uno fidelidad perpétua al rey; pero en realidad para encontrar un momento favorable en que los suyos no estuviesen cerca de un lugar santo para matarle. De esto se desprende que el hijo del difunto mayordomo tenía, á pesar de la persecucion de que era objeto, un partido armado respetable que infundía miedo al rey.

Godino fué conducido así á la iglesia de San Medardo en Soissons y á la de San Dionisio de Paris, donde hizo el juramento pedido; pero no habiéndose encontrado el momento favorable que se buscaba, Cramnurfó, hombre de posicion elevada, y Valdeberto, doméstico del rey, propusieron que jurase también en la iglesia de San Aniano en Orleans, y en la de Tours ante el sepulcro de San Martin. Habiendo llegado cerca de Chartres, Cramnurfó, que mandaba la escolta, le hizo entrar en una pequeña casa de labranza para almorzar, y una vez dentro cayeron sobre él y los suyos Cramnurfó y Valdeberto con su fuerza armada, le mataron á él y á los que le defendieron, y dejaron huir á los demás después de robarles cuanto llevaban.

En el mismo año fueron proscritos Paladio y su hijo Sidoco, obispo de Eauze, acusados por Egiño (ó Aigino) de haber estado en inteligencia con los vascos cuando éstos habían vuelto á rebelarse, lo cual hacian á menudo.

Boso, hijo de Audoleno, del distrito de Etampes, fué muerto por el jefe de la fuerza armada Arniberto, por orden de Clotario, que le acusó de relaciones adúlteras con la reina Siquilda.

En aquellos años cae el apostolado eficaz de San Amando de Aquitania entre los lejanos eslavos, entre los germanos ribereños del Escalda y por último entre los vascos. Su discípulo Bodemundo, monje del monasterio de Elnon, llamado después de San Amando y fundado por este santo cerca de Tournay, escribió la biografía de su maestro (1), de la cual extractamos lo siguiente, por cuanto contribuye al cuadro de la civilizacion de aquella época.

Amando era hijo de padres latinos, Sereno y Amancia, y nació en Aquitania por el año 571. Se inclinó desde niño á la carrera eclesiástica, y como su padre se opusiera, huyó joven todavía á una isla llamada *Oia*, y luego entró en un convento. Dos veces hizo la peregrinacion á Roma, donde entonces ocupaba la silla de San Pedro el papa Martin. Por el año 626 regresó á la Galia, fué consagrado obispo y marchó á predicar el Evangelio á los pueblos de Tournay, Gante, Brabante y después á los eslavos y vascos.

De esta biografía puede inferirse que en el país atravesado por el Escalda, habitado por frisonos enteramente paganos, vivian también francos no cristianizados ó que habían recaído en el paganismo, y que en general de aquel país había desaparecido toda huella de cultura romana. Así lo dice también San Audoueno (en francés Saint-Ouen) en su «Vida de San Eloy,» que murió el año 658 y que, como el papa

(1) Véase la coleccion de Mabillon.

Gregorio, compraba niños y adolescentes prisioneros y esclavos, llevados allí por mar, probablemente de Inglaterra, para venderlos. Los comprados por el santo fueron bautizados y educados para enviarlos después a su país como misioneros, sacerdotes, abades y obispos.

De regreso de su segunda peregrinación a Roma, supo San Amando que al otro lado del Escalda había una comarca llamada Gante cuyos habitantes habían caído en las redes del demonio y que habiendo abandonado a Dios veneraban en su lugar árboles, maderas, ídolos y lugares sagrados. Los habitantes eran tan rudos, y tanta su miseria por la esterilidad del país, que los misioneros y sacerdotes católicos se habían retirado todos y nadie se atrevía a predicar allí la palabra del Señor. Para acabar con este estado de cosas y allanar los obstáculos que se oponían a la introducción del cristianismo, invocó San Amando el auxilio armado del rey Dagoberto a fin de dispensar el sacramento del bautismo a los que no quisiesen recibirlo de buen grado. San Amando no temía la muerte, y si acudió por medio del obispo Aicaro de Noyon al rey y obtuvo fuerza armada y potestad para emplearla contra los bárbaros recalcitrantes, fué porque en su fe sincera tenía lástima de los paganos. Estos no aceptaban las bendiciones de la religión cristiana y se resistieron llenos de coraje, tanto que el biógrafo del santo dice: «Imposible es relatar todo lo que hubo de sufrir allí el santo por el nombre de Cristo: cómo fué indignamente tratado y rechazado y no pocas veces hasta arrojado al río por los rústicos y las mujeres.» Sus compañeros le abandonaron también por la falta de víveres y la esterilidad del país; pero el santo fué perseverante, se alimentó como pudo y hasta ganó dinero para rescatar y bautizar «innumerables» paganos prisioneros. Tanta fe, caridad y constancia son dignas de admiración y obligan a la veneración.

El siguiente caso, que fué contado al biógrafo de San Amando por un testigo ocular, prueba que el clero de entonces continuaba, como en tiempos anteriores, según hemos visto en la obra de Gregorio de Tours, extendiendo su influjo sobre la administración y jurisdicción del monarca. El rey Dagoberto, que había facilitado al santo para sus trabajos de conversión fuerza armada, envió a Tournay a uno de sus grandes jefes francos, llamado Dotto, para dirimir los pleitos y contiendas entre los francos. Allí llevaron los sajones ante el representante del rey a un criminal cuya muerte pidió la multitud a grandes voces. Era un ladrón, que estaba mas muerto que vivo por los palos que había recibido. Dotto dió orden de ahorcarlo, y entonces acudió San Amando y rogó vivamente que se concediese al ladrón la vida, «pero, — dice el biógrafo, — como el enviado del rey era mas cruel que las fieras, no logró nada el santo.»

Este lenguaje de Bodemundo y la conducta del santo no indican de ningún modo ni perversidad ni propósito de faltar a la autoridad de la ley y de la justicia; pero a falta de leyes fijas, prevalecían en la Iglesia el espíritu de superioridad intelectual y moral, y la caridad cristiana, porque toda moral es religión, y el representante de la religión era la Iglesia, que no veía entonces en los poderes temporales sino la fuerza bruta, la cual acataba el clero cuando no había otro recurso y se servía de él como auxiliar. Esta era la consecuencia de la doctrina y el espíritu de San Agustín, que animó al papa Gregorio VII, según el cual no podía existir conflicto entre el Estado y la Iglesia, porque siendo el Estado la fuerza material y el instrumento para la realización de los fines de la religión y de la moral, representadas por la Iglesia, no tenía mas derechos que los que la Iglesia le daba y reconocía, siendo para ella lo que el cuerpo material es al alma, lo que el pecado a la inocencia y la tierra al cielo. Este

principio es el que domina toda la Edad media mas ó menos crudamente según los países, las épocas y las circunstancias.

En el caso referido por el biógrafo de San Amando, el ladrón fué ahorcado y expiró; Dotto se retiró, despedido por una gran multitud del pueblo, pero San Amando descolgó al ahorcado, le devolvió la vida, y con este milagro consiguió que los paganos acudieran en masa a hacerse bautizar y destruyeran ellos mismos los objetos y lugares que habían venerado como sagrados. Después el santo, ayudado de la munificencia del rey y de hombres y mujeres piadosos, fundó conventos é iglesias, verdaderos baluartes de la Iglesia.

En el año 627 el obispo Arnulfo de Metz renunció a su dignidad episcopal y a su influencia en los asuntos mundanos, no por la vanidad de adquirir fama con la renuncia al mundo, que a muchos efectivamente ha valido en vida el título de santos, sino por impulso verdadero interior. Quince años antes estuvo ya a punto de entrar en el convento de Lerin con su amigo Romarico, cuando fué llamado a ocupar la silla episcopal de Metz. Esta vez, sin embargo, resistió inquebrantablemente los ruegos de los dos reyes, y acompañado de su amigo Romarico, que con este motivo abandonó su celda en los Vosges, se retiró a la soledad del convento, donde murió el 16 de agosto de 641, y Romarico le dió sepultura en el convento de Saint-Mont cerca de Remiremont. Al año siguiente su sucesor en el obispado de Metz, Goerico, y los obispos de Toul y de Verdun trasladaron solemnemente sus restos mortales a la iglesia de los Apóstoles, llamada después de San Arnulfo, en Metz.

En el consejo del rey Dagoberto sustituyó a Arnulfo al lado de Pipino otro obispo, Cuniberto de Colonia, hombre también de gran talento.

El último suceso notable del reinado de Clotario II, de que hay noticia, fué una gran asamblea de eclesiásticos y laicos principales de Borgoña y Neustria en Clichy, en el año 627. Los obispos y grandes del imperio (sin la Austrasia, que era el reino de Dagoberto) celebraron allí consejo para el bien del rey y del país (*pro utilitate regia et salute patrie*), conceptos ambos que desde el tiempo de Clodoveo habían significado el derecho particular y por tanto absoluto del reino franco tal como entonces se había establecido; pero que a la sazón tenían contra la nobleza y en el terreno político su significación verdadera. Cuán discosa y poco manejable era la nobleza aun en tiempo de Clotario II, resulta del hecho siguiente, que pasó a la vista del rey. Ermoaro, mayordomo de Cariberto (1), el hijo menor de Clotario, fué muerto por los criados de Egina, hombre de origen sajón y probablemente el jefe militar del mismo nombre mencionado ya otra vez. Esto hubiera dado lugar a una colisión muy sangrienta entre gran número de individuos si la habilidad, la calma y los esfuerzos del rey no lo hubiesen evitado. Por su orden retiróse Egina con un gran número de guerreros a la altura de Montmartre. Brodulfo, tío materno de Cariberto, porque Clotario su padre no tenía ya hermanos, reunió una hueste llamando guerreros (2) de todas partes para arrojarle sobre Egina y su gente de armas. Entonces mandó el rey que ambos contendientes se sometiesen a su juicio, amenazando que haría caer a los varones de Borgoña sobre aquel de los

(1) No se sabe quién fué la madre de Cariberto, quizás una concubina; la madre de Dagoberto fué Bertetruda. Cariberto murió el año 630 dejando un hijo, por manera que aunque hubiese tenido este hijo muy joven, no siendo hijo de Bertetruda, que murió en 618, había de serlo de otra mujer que el rey tuviera en vida de Bertetruda.

(2) Francos de su partido y de Cariberto, que aunque hijo del rey se prepara como cualquier otro franco a vengar el ultraje recibido con la muerte de su mayordomo.

dos que no quisiese admitir su fallo. Con esto quedó apaciguada la contienda.

Grandísimo había de ser el número de francos y borgoñones libres que, armados como tales, se habían presentado y tomado parte en aquella asamblea para formar dos huestes enemigas y una tercera fuerza armada de francos y otros germanos de Borgoña, con cuyo auxilio podía contar el rey para inspirar respeto a su propio hijo y al jefe de la fuerza armada probablemente de la comarca de Paris. Este episodio vuelve a confirmar lo que eran el pueblo franco y la potestad real todavía a fines del reinado de Clotario II, y la importancia que, a pesar de todo, iba tomando la autoridad del rey.

CAPITULO XII

ÚLTIMO PERÍODO DEL REINADO DE DAGOBERTO I

El año después de aquella gran asamblea, es decir, en 628, murió Clotario II a la edad de 24 años (1), sin haber dividido sus dominios entre sus dos hijos ni haber designado sucesor. Dagoberto, el mayor de los dos, y evidentemente el que contaba con mas recursos, hizo entonces (2) lo que probablemente era lo mas prudente atendidas las circunstancias, y que expresa Fredigaro en estos términos:

«Tan luego como Dagoberto supo la muerte de su padre, mandó a todos sus súbditos libres acudir con sus armas, y al propio tiempo envió representantes suyos a los francos de Borgoña y de Neustria para excitarles a elegirle (es decir, reconocerle) por rey. Después fué a Reims, y llegando a Soissons le reconocieron allí por rey todos los obispos y varones libres de Borgoña y también la mayor parte de los obispos y de los notables laicos de Neustria. Su hermano Cariberto bien deseaba ganar el reino, pero a causa de su incapacidad (3) se quedó con el deseo. Su tío Brodulfo intrigó contra Dagoberto, pero el resultado demostró que sus proyectos carecían de base racional. Cuando Dagoberto se hubo asegurado en la posesión de los dominios y tesoros de Clotario, tanto en Neustria como en Borgoña, concedió a su hermano, por compasión y siguiendo el consejo de hombres sabios (entre los cuales podemos suponer a Pipino y al obispo Cuniberto de Colonia), la administración y las rentas de las comarcas y ciudades situadas entre el Loira y los territorios fronterizos españoles (la Septimania), a saber: las ciudades y comarcas de Toulouse, Cahors, Agen, Perigueux, Saintes y demás territorios del lado de los Pirineos, cuyos productos bastaban para hacerle vivir con decoro a la manera de un particular (4). Este fué el reino que cedió Dagoberto a Cariberto, el cual prometió solemnemente en un convenio formal no reclamar en tiempo alguno otra parte del imperio de su padre. Hecho esto, eligió Cariberto por capital a Toulouse, gobernando como rey de Aquitania, y en el tercer año de su reinado (5) sometió toda la Vasconia, con la cual ensanchó un tanto su reino.»

Las alabanzas que los historiadores han hecho del gobierno de Dagoberto se refieren a los primeros años de su reinado como rey único del imperio franco, exceptuando la Aquitania (6). «Cuando en el año 628 visitó la Borgoña, inspiró

(1) Fué enterrado en Paris, en la iglesia de San Vicente.

(2) Lo que probablemente estaba ya previsto y preparado por sus consejeros, y admitido en principio en la asamblea de Clichy.

(3) Por ser todavía muy niño, pues aunque el padre le hubiese tenido a 14 años, solo podía tener el hijo 10 años.

(4) Es decir, como cualquier otro franco poderoso no merovingio, pero señor soberano en sus dominios.

(5) Y el año de su muerte, porque murió en 630.

(6) País infinitamente mas romanizado que el resto del imperio franco, lo cual debió de aconsejar la separación y su constitución en reino independiente del resto.

tanto temor a los obispos, nobles y demás francos libres que todos quedaron admirados, y contentísimos los pobres porque a nadie se atropellaba. Cuando llegó a Langres administró justicia a todo el mundo, a poderosos y humildes; allí no valió cohecho ni posición social, sino que solo hubo justicia recta, que Dios hubo de ver ciertamente con satisfacción. Después pasó a Dijon y permaneció algunos días en Saint-Jean-de-Laosne, a orillas del Saona, donde recibe las aguas del Ouche, lugar que entonces se llamaba Latona, y donde murió años después, en 641, Flaocato, que había sido mayordomo de Clotario II. En todas partes aplióse Dagoberto con ahínco a hacer justicia a todos sus súbditos, sacrificando a esta tarea las horas de descanso, el sueño y las comidas, procurando de todas veras que las personas que acudían a él pidiendo justicia se retirasen de su presencia contentas y alegres.»

Dagoberto era para el pueblo de la Galia, antes tan atropellado, un dechado de justicia, porque desde que el país había sido conquistado por los germanos, y en especial por los francos, no había existido justicia alguna; pero este rey no por eso tuvo mas poder que sus antecesores sobre los francos, de suerte que, como aquellos, tuvo que hacer matar a traición a los que conspiraban contra él ó cometían otras iniquidades que reclamaban correctivo. Entonces no había procedimiento, fuera de las asambleas de todos los francos, pero evidentemente no podían convocarse ya como en tiempos antiguos en las tribus poco numerosas. Este procedimiento despótico del puñal era también tan correcto para el genio franco que nunca faltaron a los reyes entre sus caudillos y notables, personas que ejecutaran sus órdenes sangrientas como la cosa mas natural del mundo. Así se comprende que este Dagoberto tan justiciero, «cuando fué a tomar el baño en la madrugada del día de su marcha de Latona para Chalons-sur-Saone, diera orden a los jefes Amalgaro y Arneberto y al patricio Vilibado, de matar a Brodulfo, tío de Cariberto; y hecho esto, se dirigió a Chalons para administrar allí justicia con el mismo celo y amor que hasta entonces había empleado.

«Desde allí pasó por Autun, Auxerre y Sens a Paris. Allí, en la hacienda de Reully (7), repudió a su mujer Gomatrudis y se casó con una joven de la servidumbre (de aquella) llamada Nantequilda. Al año siguiente, 629, recorrió con todo el aparato regio la Austrasia y tomó relaciones con otra joven llamada Ragnetrua, que en el curso del mismo año le dió un hijo llamado Sigeberto (III). De regreso a Neustria aficionóse a la residencia de su padre (Paris) y determinó establecerse allí permanentemente.»

El lujo y la vida regalada que llevó en Paris parece que cambiaron las costumbres de Dagoberto, porque Fredigaro, que hasta entonces le ensalza tanto, le encuentra después gravísimos defectos, probablemente porque apretó los tornillos de la hacienda, de lo cual se hubo de resentir también la Iglesia. A esto pudo contribuir igualmente la disminución de la influencia de Pipino, disminución de que debió de resentirse la administración en general y que debió también de disgustar en particular al historiador Fredigaro, natural de Borgoña, y que no vería con buenos ojos que el rey fijara su residencia en Paris. Por esto dice:

«Allí (en Paris) olvidóse de la justicia, a la cual antes había rendido tan fervoroso culto, é impulsado por la codicia, quiso aumentar con astucia sus tesoros a costa de los bienes de las iglesias y de los francos propietarios. Entrega ciegamente a la lujuria, tenía como Salomon tres reinas

(7) Romiliacum, lugar que hoy forma parte del arrabal de San Antonio de Paris.